

Mateo 20, 1-16

Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo y les dijo: 'Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido'. Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: '¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?'. Le respondieron: 'Nadie nos ha contratado'. Él les dijo: 'Id también vosotros a mi viña'.

»Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: 'Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros'. Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo. 'Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno'. Él replicó a uno de ellos: 'Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?'. Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos».

HACER MÍO EL EVANGELIO

Mateo 20, 1-16

«Los últimos serán primeros»

No se trata solamente de entender lo que Jesús dice.

Se trata de descubrir qué está pasando en mí cuando escucho su Palabra.

Busca un lugar tranquilo. No tengas prisa.

Deja que el vídeo y el Evangelio entren poco a poco en tu interior.

1. DETENERSE

Parar para estar presente

Antes de volver a escuchar o reflexionar, **me detengo**.

Dejo por unos momentos mis preocupaciones, mis tareas y mis prisas.

Respiro lentamente.

Me pregunto:

¿Cómo estoy ahora?

No intento cambiar nada.

Simplemente **tomo conciencia de mí mismo**.



Después, vuelvo interiormente a alguna imagen, palabra o frase del vídeo que haya quedado resonando en mí.

No busco todavía explicaciones.

Me quedo ahí.

Quizá el Evangelio ha tocado algo que necesitaba ser escuchado.

2. LEER Y RECONOCER

¿Qué está pasando dentro de mí?

Leo lentamente Mateo 20, 1-16.

Después, vuelvo a escuchar las palabras que más me hayan interpelado.

Observo ahora mis **reacciones interiores**.

¿Qué ha provocado en mí esta parábola?

Quizá:

- aceptación;
- rechazo;
- sorpresa;
- incomodidad;
- alegría;
- resistencia;
- esperanza;
- comparación;
- indignación;
- agradecimiento.

No juzgo lo que aparece.

Lo reconozco.

Me pregunto:

¿Qué frase me ha tocado especialmente?

¿Qué frase me ha molestado o me ha hecho resistirme?

¿Con qué personaje de la parábola me identifico más?

¿Con quien llega a primera hora?

¿Con quien llega al final?

¿Con quien se siente perjudicado?

¿Con quien recibe gratuitamente?

Y, más profundamente:

¿Dónde me descubro yo comparándome con otros?

Ahí comienza el encuentro con el Evangelio.

3. DESCUBRIR HACIA DÓNDE ME CONDUCEN ESOS MOVIMIENTOS

No basta con reconocer lo que siento

Ahora miro un poco más profundamente.

Mis reacciones interiores **me están llevando hacia algún lugar**.

Me pregunto:

Cuando me comparo con los demás, ¿qué sucede dentro de mí?

¿Me encierro?

¿Me siento superior?



¿Me siento inferior?

¿Me vuelvo exigente?

¿Me cuesta alegrarme del bien del otro?

¿Necesito recibir reconocimiento?

¿Me cuesta aceptar que alguien que ha llegado después pueda recibir tanto como yo?

Y mira también el otro movimiento:

¿Qué sucede en mí cuando descubro que no tengo que ganarme el amor de Dios?

¿Qué cambia cuando descubro que ya soy amado?

¿Aparece libertad?

¿Gratitud?

¿Paz?

¿Confianza?

¿Deseo de compartir?

¿Deseo de acoger?

Observo los dos caminos:

el camino del mérito y la comparación

y

el camino del don y la gratuidad.

Me pregunto:

¿Hacia cuál de los dos caminos me están conduciendo mis movimientos interiores?

Y una pregunta todavía más personal:

¿Qué tendría que soltar para poder vivir más desde la gratuidad?

4. ESCUCHAR LA LLAMADA DEL SEÑOR

¿Qué me está diciendo Jesús a mí?

Ahora dejo por un momento mis pensamientos.

Vuelvo a escuchar interiormente una frase del Evangelio.

Quizá sea:

«Los últimos serán primeros».

O:

«¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?»

Escucho esas palabras como dirigidas **personalmente a mí.**

No a los demás.

A mí.

Y me pregunto:

Señor, ¿qué quieres mostrarme de mí mismo?

¿Qué quieres cambiar en mi manera de mirar?

¿A quién me invitas a mirar de otra manera?

Quizá el Señor me esté invitando a dejar una comparación.

A renunciar a una exigencia.

A acoger a alguien.

A alegrarme del bien de otro.

A perdonar.

A compartir.



A dejar de necesitar reconocimiento.

O simplemente a **aceptar que soy amado gratuitamente.**

No busco una respuesta espectacular.

A veces la llamada del Señor es sencilla y concreta.

Escucho.

Y dejo que la Palabra llegue hasta donde normalmente no quiero mirar.

5. RESPONDER DESDE EL CORAZÓN

¿Qué quiero decirle al Señor?

Ahora no pienso tanto.

Hablo con Jesús.

Le digo lo que realmente llevo dentro.

Puedo comenzar así:

«Señor, hoy he descubierto que...»

«Me cuesta aceptar que...»

«Reconozco que muchas veces...»

«Me doy cuenta de que...»

«Te agradezco que...»

«Te pido que me ayudes a...»

No necesito utilizar palabras bonitas.

Hablo desde la verdad.

Después, concreto:

¿Qué puedo hacer diferente a partir de hoy?

No pienso en grandes propósitos.

Elijo un pequeño paso concreto.

Por ejemplo:

- dejar de compararme con una persona concreta;
- reconocer el bien que hay en alguien;
- acoger a quien suele quedar al margen;
- compartir algo sin esperar reconocimiento;
- alegrarme sinceramente por el bien de otro;
- hacer algo gratuitamente;
- aceptar que no necesito demostrar mi valor;
- agradecer a Dios que me ame tal como soy.

Escribo mi respuesta en una sola frase:

«Señor, esta semana quiero...»

Y termino poniéndome sencillamente en sus manos.

6. COMPARTIR

Del «yo» al «nosotros»

El Evangelio no termina en mí.

Lo que he descubierto puede convertirse en vida compartida.

Si estoy realizando este camino con otras personas, puedo compartir:

¿Qué palabra del Evangelio me ha tocado?

¿Qué movimiento interior he reconocido?



¿Qué llamada he escuchado?

¿Qué pequeño paso quiero dar?

No se trata de explicar el Evangelio a los demás.

Ni de decirles lo que deberían hacer.

Se trata de compartir **lo que la Palabra ha hecho en mí.**

Puedo comenzar simplemente diciendo:

«Lo que hoy me llevo de este Evangelio es...»

Y escuchar después a los demás.

Porque quizá otro haya descubierto algo que yo todavía no había visto.

Así pasamos:

del yo al nosotros,

de escuchar la Palabra a compartirla,

de comprender el Evangelio a comenzar a vivirlo.